

EL UNIFORME

Aquella mañana, me despertó la aspiradora de los vecinos del piso de arriba. Me quejé en voz baja, pero al mirar el reloj comprendí que, gracias a ellos, no llegaría tarde al trabajo.

Nada más llegar, mi jefe me llamó a su despacho. Había otro muerto.

—Asesinato —dijo.

Esa palabra nunca deja de provocar escalofríos, por mucho que una se acostumbre.

—Trabajaré en ello —respondí. Como de costumbre, mi jefe me miró con su habitual mirada desconfiada.

El caso era sencillo. En pocos días supe quién había sido. Siempre era igual: pruebas claras, culpables evidentes. Criminales entre rejas que, después de unos años, volverían a la calle. Para mí, eso no es justicia. Desde pequeña, siempre me habían inculcado unos valores, sobre todo una frase: no hagas a los demás lo que no te gustaría que te hicieran a ti.

Una semana después me crucé con él en el bar de siempre. Los viernes se reunía con sus amigos, reía, bebía...Hablaban demasiado alto y siempre pagaba la última ronda. Me gustaría saber qué opinarían sus amigos si supiesen quién era realmente. Cuando fue al baño, dejé caer mis polvos en su copa. Vomitó al poco rato y salió tambaleándose. Lo seguí.

—¿Quieres algo? —gritó de repente, girándose.

—¿Qué? —respondí, fingiendo sorpresa.

—¿Por qué me sigues?

—Una ya no puede volver a casa tranquila —dijo, con la voz temblorosa.

Me escupió a los pies y se alejó. Esperé. Cuando entró en su portal, corrí para evitar que la puerta se cerrara. En la escalera, disparé y el cuerpo cayó. Suspiré aliviada. Ahora había en el mundo un cerebro podrido menos.

—Asesina.

El arma se me cayó de las manos. Reconocí la voz al instante. La había oído demasiadas veces en interrogatorios.

—Ya está muerto. Suéltalo.

Era mi jefe.

Todo encajó. Los casos fáciles. Las bandejas servidas.

—¿Desde cuándo? —susurré.

—Margarita —respondió, evitando mi pregunta—, ¿de verdad crees que jugar a ser juez te hace mejor que ellos?

No contesté, en el fondo sabía que tenía razón. Durante años me convencí de que castigaba monstruos. En ese momento entendí que lo único que nos diferenciaba era el uniforme.

Entonces hice exactamente lo que mejor se me daba. Cerré los ojos

Una última vez.